

Política y violencia

Aproximaciones
desde la psicología social

Valeria Fernanda Falletti
Edgar Miguel Juárez Salazar
Rafael Delgado Deciga
Coordinadores

Índice

La violencia política desde la mirada de la psicología social. A modo de introducción <i>Valeria Fernanda Falleti y Edgar Miguel Juárez Salazar</i>	9
De la sociedad biopolítica a la sociedad violenta <i>Guillermo Pereyra</i>	21
La violencia en la ultraderecha latinoamericana: La opción por la desigualdad y lo real del capitalismo <i>David Pavón-Cuéllar</i>	43
El movimiento del 68 mexicano. 50 años de memorias hegemónicas y contrahegemónicas en torno a la violencia política <i>Yllich Escamilla Santiago</i>	59
Mercancía y violencia: Algunas hipótesis en torno al despliegue contemporáneo del capital <i>Jaime Ortega Reyna</i>	73
<i>Cave canem</i> . Reflexiones sobre el malestar, la interioridad y la crueldad en el capitalismo tardío <i>Edgar Miguel Juárez Salazar</i>	87

Posiciones subjetivas como expresiones de la socialización de la violencia en estudiantes de secundaria <i>Raúl Enrique Anzaldúa Arce</i>	109
El barrio que no lo deja a uno. De las prácticas espaciales a la hospitalidad en los barrios de la Ciudad de México <i>Rafael Delgado Deciga</i>	127
El pirata y el psicoanalista. Apuntes éticos y políticos de la locura <i>Diego Alberto Bernal Saldaña</i>	141
El femicidio como pasaje al acto: Una interpretación desde el psicoanálisis lacaniano <i>Aliber Fernando Escobar Susano</i>	157

De la sociedad biopolítica a la sociedad violenta

Guillermo Pereyra*

LUCHA, GOBIERNO Y VIOLENCIA

Según la conocida tesis de Michel Foucault, el sujeto es un producto de las relaciones de poder. ¿El poder determina inequívocamente lo que hacemos? Si lo anterior es cierto, ¿el sujeto está severamente limitado en su accionar por las relaciones de poder? Se ha dicho una y otra vez que la teoría foucaultiana del poder “se limita a la descripción de un mecanismo de pura privación de la libertad” (Pickett, 1996: 464). En el ensayo *El sujeto y el poder*, escrito en 1982, Foucault evalúa el recorrido de su trabajo intelectual y aclara los malentendidos que generó su concepción del poder y la subjetividad. Según su postura, las relaciones de poder “producen” al sujeto porque este se ve incitado a hablar y actuar en el marco de esas relaciones. El poder, en vez de reprimir a los sujetos, activa la capacidad que estos tienen de afectar y ser afectados por otros. La potencia de afectar y ser afectado es estrictamente lo mismo que una relación de fuerzas. Una fuerza siempre está en relación con otra fuerza, formando una multiplicidad, de tal suerte que nunca hay una sola fuerza (Deleuze, 2014: 49).

Las relaciones de poder no son relaciones de subordinación. Foucault aclara que el poder “no es un conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción de los ciudadanos en un Estado determinado” (Foucault, 2009a: 112). El poder no tiene que ver con el sometimiento, sino con la fuerza que se necesita para influir en la conducta de un agente. En la sociedad hay una permanente disputa entre los sujetos por una diversidad de razones, pero también se da el intento de conducir las fuerzas. A esta última práctica Foucault la denomina “gobierno”. El filósofo

* Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía-Instituto Nacional de Antropología e Historia.

francés apela al significado amplio que tenía la palabra gobierno en el siglo XVI, que no se refería solo a la conducción del Estado sino también a “la forma en que podría dirigirse la conducta de los individuos o de los grupos: el gobierno de los niños, de las almas, de las comunidades, de las familias, de los enfermos” (Foucault, 2001: 253-254). El poder implica, de manera simultánea, fuerzas que luchan y se gobiernan mutuamente. “A través de estos antagonistas se puede dirigir, de una manera regularmente constante y con razonable certeza, la conducta de los otros” (Foucault, 2001: 258). La consecuencia de esto es que la relación de poder no es una lucha a muerte, su finalidad no es matar al contrincante, de modo tal que la violencia no es el objetivo o el secreto oculto del poder.

Foucault concibe la sociedad como una red descentralizada de luchas y de gobiernos. Si hay gobierno entonces la sociedad no es un caos, pero si hay enfrentamientos esto significa que no hay equilibrios globales. No hay caos porque los sujetos siempre encuentran la manera de confrontar sin llegar a aniquilarse. Las catástrofes, los asesinatos masivos, la violencia expandida por todo el tejido social no son la regla sino la excepción. Nadie concentra exclusivamente la potencia de confrontar y de afectar, las fuerzas, de manera simultánea o alternadamente, luchan y gobiernan. Las relaciones de poder ponen en funcionamiento las diversas maneras que tienen los sujetos de afectarse en cierto contexto, por eso el poder circula por todo el campo social en lugar de acumularse en un sector. El poder es difuso, fluido e inestable, “porque en el dominio micrológico [...] no hay equilibrio” (Deleuze, 2014: 38). Lo que suele omitirse cuando se habla de la fluidez del poder es que no solo son inestables las luchas, sino también los gobiernos de las conductas. En el campo social de fuerzas nadie se adjudica el monopolio del gobierno y con el paso del tiempo se pueden establecer nuevas relaciones entre los sujetos que participan en él. No existe una institución global que estructure de antemano el campo de las relaciones sociales, pues el poder impugna “el hecho macizo de la dominación global de uno sobre los otros, de un grupo sobre otro” (Foucault, 1992: 150).

Foucault distingue el poder de la violencia, las fuerzas que se enfrentan y gobiernan no lo hacen violentamente. La sociedad es una red de estrategias, no una suma de violencias. Las relaciones de fuerza suponen una reciprocidad de respuestas, un “ir y venir” de persuasiones; la violencia, en cambio, es la relación de la fuerza con un objeto para deformarlo o con un cuerpo para inmovilizarlo, por ejemplo: cuando alguien le pone un grillete a un esclavo ejerce violencia, no poder (Foucault, 2001: 254).

El poder ocurre en “una situación estratégica compleja” y un escenario de este tipo supone “una multiplicidad de fuerzas” (Deleuze, 2014: 71). La violencia no es estratégica porque no conduce una diversidad de fuerzas ni lucha contra ellas, y surge cuando no se puede influir exitosamente en la acción del adversario. La violencia la ejercen los impotentes que renuncian a participar en el juego agonístico de las fuerzas y, para ello, utilizan instrumentos para detener al otro y evitar que responda.

En *La sociedad punitiva*, el curso que Foucault dictó entre 1972 y 1973, leemos que la “guerra civil” es la “matriz de las luchas de poder” (Foucault, 2016: 17). Foucault impugna los enfoques tradicionales que entienden la guerra civil como “el accidente, la anomalía y lo que hay que evitar, en la medida misma en que es la monstruosidad teórico-práctica” y, en su lugar, propone que “la guerra civil es el estado permanente en cuya base pueden y deben comprenderse unas cuantas [...] tácticas de lucha” (Foucault, 2016: 29). El filósofo francés retoma posteriormente esta idea en el curso *Defender la sociedad*, donde afirma que para analizar el funcionamiento del poder hay que recurrir a las nociones de guerra, táctica, estrategia y relación de fuerzas. El modelo de la guerra, la lucha, el enfrentamiento de las fuerzas es “el fondo de la sociedad civil, a la vez principio y motor del ejercicio del poder político” (Foucault, 2006: 31). La guerra, en particular la guerra civil, es un principio de funcionamiento del poder. La guerra civil pone en jaque la función del Estado orientada a ordenar la sociedad, consiste en “la superación del Estado como unidad política organizada, pacificada en su interior, cerrada territorialmente e impenetrable a los enemigos” (Schmitt, 2004: 194). Lo que tiene en mente Foucault cuando apela a la guerra civil como analizador de las relaciones de poder es la inexistencia de una institución global como el Estado que integre verticalmente las fuerzas. Por este motivo el paradigma del poder no es la teoría del derecho soberano, sino el modelo nietzscheano de la lucha de las fuerzas entendidas como fondo permanente de la sociedad (Foucault, 2006: 29-31). Retornemos al ensayo “El sujeto y el poder”, ahí Foucault (2001: 253) afirma lo siguiente: “el ejercicio del poder consiste en guiar las posibilidades de conducta y disponerlas con el propósito de obtener posibles resultados. Básicamente, el poder es menos una confrontación entre adversarios, o el vínculo de uno respecto del otro, que una cuestión de gobierno”.

En esta cita la palabra clave que se relaciona con el concepto de poder no es la guerra, mucho menos la guerra civil, sino el gobierno. Aquí surge una disyuntiva que requiere ser atendida. La historia muestra que la guerra

La violencia en la ultraderecha latinoamericana:

La opción por la desigualdad y lo real del capitalismo

David Pavón-Cuéllar*

CIEN AÑOS DE EXTREMA DERECHA EN AMÉRICA LATINA

La ultraderecha latinoamericana existe desde hace al menos un siglo. Sus primeros pasos los dio en la Revolución Mexicana. Reaccionó con violencia contra las conquistas revolucionarias. Intentó restablecer el orden porfirista. Conspiró con el embajador estadounidense. Fue conservadora, católica y huertista. De pronto, en el norte de México, se lanzó contra los inmigrantes chinos; les robó, los despojó de sus tierras, los confinó en guetos. Destazó, acribilló y quemó vivos a 300 en Torreón, mató a 200 más en Chihuahua y a 600 en Monterrey; deportó y dejó morir de hambre a unos cuatro mil en las Islas Marías.

Pocos años después, en Argentina, acusó de todos los males a los anarquistas y a los bolcheviques. Reclutó y armó a jóvenes de la clase alta, hijos de oligarcas, de terratenientes, de industriales y comerciantes. Los utilizó para destruir sinagogas y para matar a judíos, extranjeros pobres, obreros huelguistas y peones rurales. Masacró a 700 en las calles de Buenos Aires y a 1 500 en los campos de Patagonia.

En la década de 1930, la ultraderecha latinoamericana se inspiró en el falangismo español, el fascismo italiano y especialmente el nazismo alemán. Se entregó entonces a su racismo, a su antisemitismo y a su anticomunismo, pero también a sus posiciones antiestadounidenses. Osciló constantemente entre la germanofilia y un hispanismo castizo, tradicionalista, católico y conservador. Fundó partidos jerarquizados, militarizados y uniformados en Brasil, Argentina, Chile, Costa Rica y México. Dispuso de sus encamisados, camisas verdes en Brasil y camisas doradas en México. También consiguió formar grandes movimientos de masas, con

* Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

centenares de miles de miembros, como el integralista brasileño y el sinarquista mexicano. Y tuvo desde luego a sus intelectuales que se dedicaron a reescribir la historia y a denunciar una conspiración judeo-marxista-masónica para destruir la civilización occidental: el brasileño Gustavo Barroso y los mexicanos Vicente Martínez Cantú, Salvador Borrego Escalante y Salvador Abascal Infante.

Mientras tanto, en Colombia, la ultraderecha se hizo ultraliberal. Se opuso furiosamente a los impuestos y a cualquier política intervencionista o redistributiva. Defendió los privilegios de los terratenientes y de los oligarcas. Y, al poco tiempo, se puso a hacer lo mismo en algunos países centroamericanos. Continuó siendo anticomunista, pero a veces abandonó su germanofilia y su hispanismo antiestadounidense, y empezó a mostrarse cada vez más ultraliberal, capitalista, pro-imperialista y pro-estadounidense.

Con la Guerra Fría y con la Revolución Cubana, la ultraderecha latinoamericana se volvió antisoviética y anticastro. Centró sus operaciones en Miami. Se benefició con el financiamiento del gobierno estadounidense y con el apoyo logístico de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Se obsesionó con la figura del Che y con los movimientos guerrilleros. Operó a través de escuadrones de la muerte como el Movimiento Anticomunista Nacionalista Organizado en Guatemala, el Frente Democrático Anticomunista y Antiterrorista en República Dominicana, la Operación Bandeirantes en Brasil, los Comandos Caza Tupamaros en Uruguay, la Triple A de Argentina, las Fuerzas Armadas de Liberación Anticomunista en El Salvador, el Batallón 3-16 de Honduras y las Autodefensas Unidas de Colombia. Durante cuatro décadas, entre 1967 y 2006, con el apoyo de estos grupos de matones anticomunistas, la ultraderecha latinoamericana torturó, asesinó y desapareció a centenares de miles de civiles, indígenas, campesinos y obreros, periodistas, intelectuales, políticos y militantes izquierdistas.

Durante la Guerra Fría, en el contexto mexicano, la ultraderecha penetró en los ámbitos universitarios. Dispuso de organizaciones estudiantiles más o menos violentas como el Frente Universitario Anticomunista (FUA) en Puebla, el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) en la Ciudad de México y decenas de bandas porriles implantadas en casi todas las universidades públicas del país. Ayudó a reprimir a los estudiantes y celebró las matanzas de Tlatelolco en 1968 y de Jueves de Corpus en 1971. Infiltró además las esferas gubernamentales y

empresariales del país a través de grupos semisecretos como los Tecos y El Yunque, instituciones como la Universidad Autónoma de Guadalajara, congregaciones católicas ultraconservadoras como el Opus Dei y los Legionarios de Cristo, y partidos como el derechista Partido Acción Nacional (PAN) y el cada vez más derechizado Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Al mismo tiempo que se infiltraba en el gobierno mexicano de modo relativamente pacífico, la ultraderecha latinoamericana recurrió a golpes de Estado para tomar el poder sucesivamente en Guatemala, Paraguay, Brasil, Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina. Fue así como esta ultraderecha, entre las décadas de 1950 y 1980, pudo revestir una forma gubernamental, institucional y legal. Se vistió de policía y militar. Empleó toda la violencia legítima del Estado para matar, desaparecer, encarcelar y torturar a decenas de miles de personas. Dispuso también de todo el poder y de todos los recursos del mismo Estado para difundir su ideología, transformar las sociedades, anular conquistas populares e imponer políticas económicas de tipo dependiente neocolonial y capitalista neoliberal.

Tras el fin de las dictaduras, la ultraderecha volvió con bandas marginales de neonazis y de cabezas rapadas en Perú, Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y especialmente Brasil. Aterrorizó a ciertos sectores de la población brasileña a través de bandas como *White Power* y los *Carecas do Brasil*. Desató su violencia contra negros, mulatos, homosexuales, toxicómanos, judíos, nordestinos y pobres de las favelas. No dudó en atacarlos en las calles o en sus casas y golpearlos, torturarlos y asesinarlos.

Desde hace poco más de una década, en el mismo contexto brasileño, la ultraderecha toma rostros como los del político Jair Bolsonaro y los pastores cristianos Silas Malafaia y Marco Feliciano. Se vale de estos líderes de opinión para gritar, exhibir y justificar su homofobia, su machismo y su misoginia. Muestra estas mismas actitudes a través de twitteros, blogueros, *youtubers* y otros *influencers* ultraderechistas de varios países latinoamericanos.

El internet permite que la ultraderecha latinoamericana diga y haga lo que hubiera sido inimaginable hace tres décadas. Es así como puede al fin darle rienda suelta a su violencia simbólica. Humilla públicamente a mujeres y a homosexuales. En México, a través de *Callodehacha*, minimiza la violencia contra las mujeres y se burla socarronamente de las feministas y de quienes luchan por igualdad y por justicia. Desde Miami, a través de la hispano-venezolana Yael Farache, exhibe su veneración por Donald

El movimiento del 68 mexicano. 50 años de memorias hegemónicas y contrahegemónicas en torno a la violencia política

Yllich Escamilla Santiago*

El pasado 2018 se cumplieron 50 años de los movimientos sociales que sacudieron al mundo, las protestas juveniles se sucedieron en forma casi simultánea por todo el planeta, a los ojos de las clases políticas anquilosadas estas solo podían ser producto del comunismo internacional o del imperialismo estadounidense. Estados Unidos, Francia, Checoslovaquia acapararon la atención mundial, en los países de la periferia ya estaban dadas las condiciones para que se produjeran movimientos similares, México incluido.

La visión del presidente mexicano en turno, Gustavo Díaz Ordaz, era la de gobernar el país de manera patriarcal, aislarlo de la contaminación del mundo exterior, México era un *isloté intocado*.¹ La insubordinación juvenil representó para el sistema político y para su pieza clave, el presidente, un desafío a las figuras de autoridad, por lo que el castigo fue el de un padre que reprende a un hijo desobediente e insolente, y cuya máxima expresión fue la tarde del 2 de octubre de 1968. A partir de esos hechos hubo un silencio casi total, por un lado, el gobierno acalló las voces de reclamo con mano dura, un ejemplo de ello fue el 10 de junio de 1971; por el otro, los participantes del movimiento tardaron en procesar el trauma de la violencia de Estado, la historia estaba ahí, pero hacía falta que la memoria surgiera para dar testimonio y confrontara su pasado reciente.

Este artículo expone ese surgimiento de memorias, que habitualmente se confrontan, también su utilización política y los intentos para institucionalizarlas y crear un discurso idílico que poco a poco forma una

* Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos (PPELA) de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Así lo mencionó en su IV Informe de Gobierno, el primero de diciembre de 1968.

historia de bronce del Movimiento del 68, dejando de lado, casi sumergidas, las memorias beligerantes y radicales.

EL 68: ¿REFORMISTA, REVOLUCIONARIO O ANTISISTEMA?

El movimiento estudiantil de 1968 tiene múltiples interpretaciones, que van desde lo reformista y cercano al *derechohumanismo*, hasta el revolucionario radical e incluso lo antisistémico. Para poder ubicarnos en los debates sobre la naturaleza del movimiento, debemos partir del hecho de que un movimiento social es una colectividad que aglutina la protesta organizada en aras de cuestionar la legitimidad del Estado o sus políticas de gobierno; situación por la cual, en general, choca con una serie de estructuras dominantes establecidas por el Estado.

El movimiento de 68 se forjó a partir de los abusos físicos y los agravios de los aparatos represivos, como la policía y el cuerpo de granaderos durante los últimos días del mes de julio; la capacidad organizacional de los estudiantes fue la autodefensa de la lucha política, plasmando sus demandas en un pliego petitorio:

1. Libertad de todos los presos políticos.
2. Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal.
3. Desaparición del cuerpo de granaderos.
4. Destitución de los jefes policiacos Luis Cueto, Raúl Mendiola y A. Frías.
5. Indemnización a todos los familiares de fallecidos y heridos desde el inicio del conflicto.
6. Deslindamiento de responsabilidades de funcionarios públicos culpables de hechos sangrientos.

Dichas peticiones no pretendían trastocar el modo de producción ni transformar la estructura del Estado. Sin embargo, un movimiento con los estandartes que enarbolaban los jóvenes estudiantes del 68, sin lugar a dudas lo hacía antisistema, al menos para un régimen autoritario.² En ese sentido, para el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y su sistema

² Mario Stoppino define el autoritarismo como un sistema político en el que “privilegian el aspecto del mando y menosprecian de un modo más o menos radical el del consenso, concentrando el poder político en un hombre o en un solo órgano y restando valor a las instituciones representativas”, véase Bobbio *et al.* (1998: 125).

de partido único —con fachada de democracia— era obvia la amenaza latente que representó ver a miles de estudiantes en las calles que increpaban a la autoridad. Debemos tomar en cuenta que el espacio público estaba reservado única y exclusivamente para las prácticas, usos y costumbres del sistema político mexicano, es decir, para el presidente de la república y el partido oficial.

Una de las características de nuestro 68 fue que tuvo el mayor grado de violencia institucional, incluida la arremetida de los medios de comunicación, y la mayor respuesta radical durante y después del movimiento. Por ende, siempre ha sido un tema complicado de estudiar: la omnipresencia de la censura, autocensura, impunidad de los perpetradores y su grado de responsabilidad, así como el ocultamiento sistematizado de la respuesta radical de los estudiantes ante la violencia de Estado dificultan saber realmente qué sucedió aquel fatídico 2 de octubre.

El poder genera verdades discursivas que a su vez generan falsas verdades; fue el Estado mexicano el que pudo difundir su verdad. En el contexto de Guerra Fría, se construyó un discurso de poder basado en una supuesta conspiración comunista para desestabilizar al gobierno surgido de la Revolución Mexicana; hoy, 50 años después, algunos grupos conservadores mantienen ese mismo discurso, el de la infiltración comunista.

La violencia contra el movimiento del 68 fue una más de las violencias constantes ejercidas por la cerrazón del sistema durante una década y media, como la del henriquismo en 1952; la huelga estudiantil del Instituto Politécnico Nacional (IPN) en 1956; el movimiento magisterial de Othón Salazar en 1958; la huelga ferrocarrilera de 1958-1959; la masacre de Chilpancingo en 1960 —que empujó al normalista Genaro Vázquez a optar por la lucha armada—; el asesinato de Rubén Jaramillo en 1962 en Morelos; el movimiento de los médicos de 1964-1965; la represión estudiantil de 1966 en la Universidad Nicolaíta; en 1967 de nuevo en Guerrero, la masacre de Atoyac, que llevó al maestro Lucio Cabañas a irse al monte para formar una columna guerrillera.

Con estos antecedentes podemos interpretar que la naturaleza del sistema era reaccionar de manera violenta frente a este inusitado movimiento social urbano, pero era también de esperarse que, por el contexto mundial y el local, los jóvenes estudiantes del 68 iban a responder a la violencia con la violencia, sobre todo quienes provenían de extracciones bajas y que tuvieron como casa de estudios el Politécnico, es decir, hubo un instinto nato de violencia de clase.

Un sector del movimiento, el más radical, vio en los combates callejeros una etapa prerrevolucionaria, una posibilidad de insurrección latente y que con la violencia desatada en Tlatelolco debería evolucionar a un grado de mayor organización militar, la guerrilla. El nacimiento de la guerrilla urbana en México no fue un acto reflejo de lo sucedido a lo largo del 68, sino el cúmulo de agravios mencionados.

MEMORIAS CORRECTAS E INCORRECTAS.

INSTRUMENTALIZACIÓN DEL RECUERDO

Me gustaría enfatizar que los combates callejeros y la defensa de las escuelas, sobre todo las del Politécnico, fueron muy violentos y constantes desde julio hasta septiembre; los jóvenes respondieron eficazmente a la violencia desatada por el gobierno de Díaz Ordaz; los estudiantes pudieron organizar resistencias prolongadas y mantener a raya al cuerpo de granaderos, a tal grado que el ejército tuvo que hacerse cargo del conflicto. Y a pesar de ello, existe un ocultamiento casi sistemático de estas memorias rebeldes e insurrectas, que desdibuja las resistencias, para marginarlas u ocultarlas con el fin de mostrar una memoria hegemónica venida desde el discurso ciudadanizante.³

La memoria ciudadanizada del movimiento dibuja a un estudiantado inerte, sin posibilidad de autodefensa, y niega así la memoria insurrecta de aquellos jóvenes combatientes del 68 que lograron convertir las escuelas en verdaderos fuertes, la de las barricadas que fueron muchas veces infranqueables, la de las bombas molotov, la de las autodefensas que provocaron un escenario de pre-insurrección popular y lograron incluso articular resistencias barriales para formar las primeras células guerrilleras urbanas. Hay una visión reduccionista de la memoria del 68, que es limitar el movimiento al acontecimiento de la masacre del 2 de octubre, lo cual representa un error epistemológico. El movimiento del 68 no culmina esa noche sangrienta, por el contrario, se abre una gran coyuntura que va del 22 de julio de 1968 y cierra el 10 de junio de 1971, aquí la constante es la cara autoritaria del régimen y su resolución de conflictos: la fuerza y la violencia de Estado.

³ Resulta interesante que para este 50 aniversario Gilberto Guevara Niebla, ex militante del movimiento y miembro del Consejo Nacional de Huelga (CNH), haya publicado el libro *1968 explicado a los jóvenes*, editado por el Fondo de Cultura Económica, texto en el cual desarrolla un capítulo entero para detallar la ocupación militar de Ciudad Universitaria el 18 de septiembre y nunca menciona las batallas de los jóvenes del IPN en el Casco de Santo Tomás y Zacatenco los días 23 y 24 de septiembre.

Mercancía y violencia:

Algunas hipótesis en torno al despliegue contemporáneo del capital

Jaime Ortega Reyna*

La época que Karl Marx vivió y en gran medida teorizó se encuentra superada en algunos de sus principales componentes. No nos referimos con eso al horizonte de explotación de la fuerza de trabajo, piedra angular de la denominada concepción materialista de la historia y que podemos reconocer aún como la lógica articuladora de la racionalidad del mundo social moderno a pesar de las variaciones acaecidas en la historia. Por el contrario, aludimos a un conjunto amplio de elementos “culturales” que están superados precisamente como resultado a la existencia de dicha lógica: en específico y de manera central a la puesta en crisis de cualquier idea de *progreso*. De manera sucinta podemos anunciar que el proyecto moderno que auguraba una época de esperanzas logradas con base en el avance técnico se ha visto configurado como su antípoda, a raíz de la permanencia del conjunto de lógicas sociales que permiten la explotación del trabajo humano.

Así, el progreso fue la ideología prevaleciente de las clases dominantes (en lo económico) y gobernantes (en lo político) durante más de un siglo. El progreso se convirtió en el eje articulador de sus aspiraciones, deseos, realizaciones e institucionalizaciones, tanto en la dinámica cada vez más penetrante del Estado, como en los motivos de gran parte de la sociedad a partir de los múltiples procesos de modernización (la urbanización, la expansión del consumo, etc.). Esto a pesar de encontrar severos baches, como el de la Guerra de los Treinta Años que cubrió a Europa y gran parte del mundo colonial.

* Departamento de Política y Cultura, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco.

La crisis del progreso es producto de la desmedida competencia mercantil que deviene en formas capitalistas y monopólicas, pues estos elementos han logrado abatir cualquier ideal de resarcir los daños producidos en el cuerpo social. Así, la crisis de cualquier idea o programa que busque ser la encarnación del progreso se encuentra, de hecho, en la liberación de un conjunto de fuerzas productivas que no han sido contenidas ni reguladas por alguna otra fuerza mayor, como podría ser el Estado u otra forma de comunidad política. Son el mercado y sus fuerzas los que destrozan cualquier posibilidad de que aquel programa se realice.

Desde el horizonte teleológico que suponía la idea progreso, como producto directo de la técnica potencializada de manera contundente desde el siglo XIX, debería de habernos colocado en un mundo con niveles reducidos de violencia y proceder a erradicar las principales consecuencias de la explotación o, al menos, situarnos en un horizonte donde la regulación de la sociedad permitiera contener desbocados instintos, pulsiones y fuerzas que socavarán a la propia sociedad.

Aquel glorioso horizonte pronto se fue desvaneciendo: el edificio de la razón se colapsó y se desmoronó lentamente, cayendo sus pilares sobre grandes segmentos de la sociedad, incapaces de encontrar un resguardo en el Estado. Si en el siglo XIX los seres humanos podían soñar con aspirar a una vida más tranquila, apacible y ordenada; desde el comienzo del siglo XX quedó claro que aquel horizonte no se cumpliría y que rápidamente se alejaría aquella ensoñación: la centuria pasada ha sido una de las más violentas, desgarradoras y costosas para todas las formas de vida. Los seres humanos del siglo XXI no solo no podemos esperar una vida más tranquila o apacible, sino que debemos prepararnos para una permanente crisis, que tiene como correlato el aumento de la violencia.

El concepto mismo de crisis quedó cuestionado y tuvo que ser reformulado para ampliarse a grados inimaginables. Si en el pasado esta era un lapso en el que las fuerzas se reordenaban para continuar la marcha de la vida social o bien era la "oportunidad" para replantearse el orden social mismo, en la actualidad la palabra remite más a un conjunto de fuerzas que aparecen de forma incontrolable y permanente: la crisis ambiental, por ejemplo, causa guerras por el agua o el petróleo, irresolubles en el estado actual de la sociedad cuyos niveles de consumo son desiguales y desmesurados. Estas no solo no parecen ser evitables, sino que se imponen como el destino inmediato ante numerosos pueblos del mundo. También podemos pensar en la denominada crisis económica, producto

de la implantación del neoliberalismo hace ya casi cincuenta años, que somete a las sociedades a diversas formas de precariedad, falta de empleo y en general a una vida dedicada al endeudamiento (Jappe, 2012; Lazzarato, 2013); en donde el horizonte anterior que permitía gozar de derechos, estabilidad y salarios altos parece hoy una utopía.

Lo que anima este texto es precisamente preguntarse qué fue lo que permitió el despliegue de las fuerzas mercantil-capitalistas para lograr erosionar lo que parecía su destino en la época del programa ilimitado del progreso y que, por el contrario, transcurriera por la vía de profundizar la laceración del cuerpo social, al ser una potencia que destruye incluso los requisitos indispensables para la propia riqueza: el ser humano y la naturaleza. Con esto queremos establecer marcos para pensar la que se ha convertido en una situación límite: nos referimos al drama actual que vive México. La nación ha quedado sometida a los embates de fuerzas que, escudadas bajo el parapeto de lo mercantil-capitalista, han posibilitado un gran negocio a cambio de una profunda destrucción del cuerpo social.

Este último ha quedado lastimado y lacerado. Sus heridas son muy profundas. En el caso de México, la aspiración permanente por la modernidad y la conquista del progreso reducido a las variables económicas, pronto devino en una forma sangrienta y brutal de despliegue de las fuerzas del capital. El cuerpo de la nación quedó lastimado cuando el débil edificio del desarrollismo y la modernización finalmente se vinieron abajo. El orden del mercado es el desorden profundo de la nación (San Juan, 2016).

RELACIONES SOCIALES: ABSTRACCIÓN, EXPLOTACIÓN Y DOMINACIÓN

Karl Marx nos presenta en su obra *El Capital* la fotografía más precisa del conjunto de relaciones sociales que los seres humanos han desarrollado en el último tramo de su historia, quizá el más intenso en cuanto a saber acumulado y puesto a disposición de una gran parte de la sociedad. Si bien es apenas un segmento muy breve de la historia de los seres humanos, el despliegue del capitalismo ha sido intenso, pues en él se han elevado tanto las capacidades productivas como un requerimiento mayor de satisfacción de necesidades cada vez más complejas y difíciles de solventar. Parecería que, pensando en sus últimas consecuencias, el capital no es sino la *razón que produce necesidades de manera infinita*, cada vez más elaboradas y complejas. Nuevas necesidades es lo único que el capital no puede dejar de producir.